

márcanse dos hoyos en sus mejillas.—¡ Sólo que *Tamo* ríe pocas veces!...

Si fuese Española, yo atribuiría aquel aire soñador y dolorido á penas sufridas en el orgullo, en sus ensueños de adolescente ó en su dignidad de mujer, al verse enlazada con un sér tan despreciable como Samuel... Pero *Tamo* es Hebrea..., y su mirada melancólica, su aire lánguido y majestuoso, y el timbre de su acento, dulce como los trinos más graves del ruiseñor, no pasan de ser fenómenos físicos, puramente materiales, debidos quizá á la circunstancia de estar criando, ó á vulgarísimas desgracias ocurridas en sus intereses domésticos... Con todo, no puedo menos de confesar que *Tamo*, considerada como estatua ó como pintura, es una mujer admirable, bellísima, encantadora.

—Dime tu nombre...—le supliqué yo maravillado, en tanto que Iriarte hacía el retrato de su peregrina beldad.

Ruborizóse, y miró á su marido.

—¿ Para qué quieres saberlo? — me preguntó éste con una tristeza que suplía por la cólera, incompatible con las circunstancias y con su carácter.

— Para recordarlo — le respondí, afectando crueldad.

— Díselo...—murmuró el Hebreo, mirando á su mujer con ojos de serpiente.

— *Tamo*—exclamó la hermosa Judía, bajando los aterciopelados ojos.

Y sus largas pestañas negras sombrearon casi las enrojecidas mejillas.

Yo me ruboricé á mi vez, sin explicarme lo que acababa de oír...

Tamo, en italiano, significa *te amo*, como todo el mundo sabe.— La bella Israelita tenía, pues, por nombre la más tierna frase del más dulce idioma!

—¿ Te llamas *Tamo*?—repliqué yo maquinalmente, ó por repetir el equívoco.

— Sí, *Tamo*.

— ¡ Tanto mejor! — murmuré al cabo con triste ironía.

Y aquella otra apariencia engañadora, que, como la de su hermosura, nada encerraba que fuese hijo del sentimiento, acabó por disgustarme de la hechicera joven, cuyo grotesco esposo y sucios hijos se aparecieron á mi imaginación en ridículo grupo...—Y al fin y al cabo hube de suspirar por mis ausentes vírgenes cristianas, que, como no esperan ser madres del *Mesías*, se engríen en ostentar durante los años de la juventud, y aun algo después, la aureola de la pureza.

X

Primera Misa en *Tetuán*.—*Nuestra Señora de las Victorias*.—La nueva primavera.—Un domingo por la tarde.—Mi nueva casa.

Día 12 de Febrero.

Quiero que el sublime cuadro que hoy ha contemplado la ciudad de *Tetuán* se refleje y perpetúe en esta humilde Crónica con todos sus accidentes y pormenores; quiero que no se extinga nunca la luz de este día; quiero que las emociones que agitaron esta mañana al Ejército cristiano, cuando se celebraba por primera vez el Sacrificio de la Misa, pública y victoriosamente, dentro de los muros de la ciudad agarena, se graben en la Historia de mi Patria; duren más que nuestros mortales corazones; conmuevan en lo futuro á los hijos de nuestros hijos, y eternicen la alegría del más señalado triunfo que hemos alcanzado en Africa;—cual ha sido pro-

clamar en alta voz los nombres de Jesús y de María sobre las piedras regadas tantas veces con sangre de nuestros mártires y en presencia de los ya vencidos verdugos.

Desde que hoy, domingo, Dios echó sus luces, conocióse en los Campamentos españoles de uno y otro lado de la ciudad, y en las casas de la misma donde hay alojados, que se preparaba alguna gran función.—Todos los soldados arreglaban de la mejor manera posible sus rotos y descoloridos uniformes; lavábanse cuidadosamente; limpiaban sus fusiles (no ya por dentro, para que funcionasen bien, sino por fuera, á fin de que brillasen al Sol); peinaban sus crecidos cabellos, y hasta algunos se afeitaban la luenga barba con que tenían pensado llegar á su país en testimonio de la áspera vida que aquí habían llevado.

A eso de las diez, ya formaban en la *Plaza de España* diez ó doce Batallones, alguna Caballería y mucha parte de la oficialidad del resto del Ejército.—Entretanto, acabábase de disponer un altar á la puerta de cierta pequeña mezquita, habilitada para *templo católico*, que debía de bendecirse é inaugurarse hoy.

¡Aquel altar estaba adornado con algunas floridas macetas, dos velas moriscas (puntiagudas y pintadas de colores), un Crucifijo de cobre, y una estampa que representaba á la Virgen María!—Nada más poseíamos con que glorificar á nuestro Dios; pero aquellos tiernos y sencillos homenajes no podrían menos de serle tan gratos como la magnificencia del templo de Jerusalén.

El interior del templo no era mucho más notable. Una alfombra turca; otras cuantas macetas; una fuente con el agua que había de bendecirse, y algunos chales y pañuelos morunos, con que formar pabellones en torno al Sagrario,

habían sido afanosamente buscados por todo *Tetuán* y encontrados, al fin, en la *Judería*.—Por cierto que yo, á fuer de antiguo seminarista, he ayudado más que nadie al Padre Sabatel á erigir el altar y adornar la nueva iglesia.

El Padre Sabatel es un modelo de sacerdotes cristianos. Fué fraile francisco de la Orden de Descalzos, y hoy pertenece á esas beneméritas Misiones de Filipinas que tantos servicios prestan al Cristianismo y á la civilización. Nació en Cataluña; aun no tendrá cuarenta años, y es alto, fuerte y hermoso como un San Pablo. Su acendrada piedad, su modestia, su tolerancia, la pureza y sencillez de sus costumbres y su ardiente caridad con los desgraciados, lo hacen verdaderamente adorable. Ha recorrido todo el litoral de Africa y mucha parte del interior del Imperio de Marruecos, predicando la doctrina de Jesús, y ha estado también en América, en Asia y en Oceanía. Ha sufrido todas las penalidades que los hombres y los elementos, los climas rigurosos y las necesidades humanas pueden acumular sobre una criatura. ¡Y, sin embargo, es tan feliz! Su rostro ostenta continuamente la más pura alegría; es afable, decidor, cariñoso, y no comprende las felicidades que se dice van unidas al poder y al dinero. Todo su caudal consiste en un hábito de lana, un Cristo de cobre y un Breviario. Con ellos acudió á *Ceuta* no bien supo que sus compatriotas estábamos en Guerra contra infieles, y allí, en los hospitales de apestados, á la cabecera de los moribundos, ha pasado todo el tiempo de la Campaña, dando tales muestras de fe en Dios y de amor al hombre, que son muchos, innumerables, los hermanos nuestros que le han debido una muerte suave, dulce, tranquila, regocijada por la expectación de las alegrías eternas.—Tal es el hombre que estaba destinado á consagrar la

nueva iglesia bajo la advocación de *Nuestra Señora de las Victorias*, nombre que llevó también el primer templo cristiano erigido en Orán por el cardenal Cisneros.

A las once, cuando ya estaba dispuesto el altar y completamente llena la plaza, no sólo de tropas y gentes nuestras, sino también de Moros y Judíos, un agudo *punto* de corneta avisó la llegada del General en Jefe.

Presentaron las armas los Batallones, reinó un instante de silencio, y por el Arco de la Meca apareció el que ya era por Real nombramiento DUQUE DE TETUÁN.—Todas las músicas entonaron la Marcha Real, y miles de *vivas* ensordecieron el espacio.

Por la primera vez desde que llegó á Africa, el vencedor vestía de gran uniforme.—Acompañábanlo todos los Generales, cada uno con su brillante Estado Mayor, y cercáronle muy luego cariñosamente, para felicitarlo, todos los paisanos agregados al Ejército..., corresponsales, pintores, comerciantes, curiosos, gente marinera de los buques mercantes, cantineros, etc., etc.

O'Donnell, con su comitiva, y seguido del inmenso grupo que acabo de decir, se colocó cerca del altar, en un alto que forma allí el suelo desigual de la plaza.

Todas las azoteas estaban coronadas de Judíos, cuyas figuras bíblicas, vestidas de azul, blanco y rojo, se destacaban en el cielo.—Allá, lejos, veíase la gigantesca mole de la próxima Sierra de Samsa, cuya enorme cima semejava una pirámide apoyada sobre las casas mismas de *Tetuán*. Y, en fin, sobre la ciudad y sobre el monte dilatábase una apacible y despejada atmósfera, en que irradiaba el Sol sus más alegres y cariñosas llamas...—¡Era un cuadro espléndido y gracioso, que más parecía imaginado por el arte que obra de la casualidad!

Después de bendecida la nueva iglesia, el Padre Sabatel se revistió otros ornamentos sagrados, y principió la Misa.

La tropa estaba firme sobre las armas. Todos los que ceñían espada hallábanse asimismo de pie, con el acero desnudo. Los paisanos se habían puesto de rodillas, y los Judíos también..., por adularnos.—En cuanto á los pocos Moros que aun permanecían en la plaza, seguían apoyados en los quicios de las puertas, observando la ceremonia con más curiosidad de la que suelen sentir con relación á nuestros actos...

Después del Evangelio, el Padre Sabatel predicó una sencilla é inspirada plática, que arrancó muchas lágrimas del corazón de nuestros soldados, pues les habló de todo lo que podía alegrar y mejorar su espíritu, concluyendo por vitorear á Dios, á la Virgen, á la Patria, á la Reina y al General en Jefe...

Llegó la Consagración. Todo el Ejército rindió las armas, dobló la rodilla y abatió la frente... Las bandas de música batieron Marcha Real... Los golpes de pecho producían un largo y sordo rumor que parecía el sollozo del ánimo contrito...

En aquel instante, dos ó tres Moros, únicos que ya quedaban en la plaza (pues los demás se habían ido marchando poco á poco), sintieron no sé qué extraña emoción, no sé qué respeto á aquel Dios á cuyas plantas veían humillarse tan poderosas legiones, no sé qué miedo, no sé qué ira... Ello fué que, súbitamente, en medio de la inmovilidad y el recogimiento de todo el concurso, echaron á correr, atravesando la extensa plaza, y desaparecieron por el ancho arco de la calle de la Meca, como si los persiguiera un fantasma aterrador...

—*Fugite, dæmones!*...—murmuraron algunas voces en torno mío.

Y, en efecto, parecían demonios huyendo delante de la Cruz.

Después de la Misa desfilaron las tropas por delante del Duque de Tetuán.

¡Qué aire tan marcial el de aquellos aguerridos Batallones! ¡Y con qué amor, con qué entusiasmo, con qué gratitud los veíamos pasar, fieros y tranquilos como en los recientes días de gloria y de matanza!—Los Judíos, pálidos y trémulos, se estrechaban unos contra otros, como diciéndose:—“¡Estos son los que no temen á los *Morios!*”

Terminado el desfile, el general O'Donnell dió libertad á los *prisioneros Moros* que teníamos en nuestro poder.—¡Nada mejor que este acto de misericordia pudo excogitar nuestro caudillo para hacer sentir á los Mahometanos el espíritu de aquella Religión, cuyo más alto misterio acabábamos de celebrar por vez primera en la rendida ciudad musulmana!

Las restantes horas del solemne día de hoy han sido de asueto, de inocentes distracciones y de cierta melancólica alegría.

Los soldados están con la nueva iglesia como con una novia. Toda la tarde se les ha visto al pie del altar, ya arrodillados y en cruz, cumpliendo promesas que habrían hecho tal ó cual día de acción; ya rezando por sus camaradas muertos; ora dirigiendo á la Virgen verdaderas letanías de requiebros y flores, á medida de la imaginación de cada cual; ora hablando de Teología á su manera...

—¡Ya se ven los Santos de España! (decía un Artillero á otro al salir de la antigua mezquita). ¡Ya se ve la gracia de Dios!

—¡Morena, Dios te lo pague por habernos sacado con bien!—exclamaba un Húsar, dirigiéndose á la Virgen de las Victorias.

—¡Vamos á buscar flores para obsequiar á esta prenda!—añadía un Cazador, enviando un beso con la mano á la Madre de Jesús.

¡Oh nobles soldados; piadosos cuanto fuertes; tan humildes y misericordiosos en la paz como arrogantes y terribles en la guerra! ¡Qué orgullosa debe estar de vosotros la Patria que representáis tan dignamente!

Yo he acabado de festejar el domingo pasando toda la tarde en el llamado *Jardín del Gobernador*, situado en la plaza, y perteneciente al palacio del mismo nombre, donde se aloja nuestro General en Jefe los días que viene á la ciudad.

Allí, aspirando effuvios de vida y aromas de flores de la primavera de 1860, que ya sonríe en Africa; sentado á la sombra de corpulentos naranjos y limoneros; oyendo cantos de pájaros que me recordaban los cármes granadinos y las arboledas de Aranjuez; viendo correr alegres chorros de agua que iban á reunirse en un gran estanque de alabastro; mirando en torno mío hiedras y jazmines, que vestían con su verde pompa los muros del vecino harén; allí, digo, he pensado (por la primera vez desde que vine á la Guerra) en el día, acaso muy próximo, de mi regreso á España; me he visto solo, libre, lleno de vida, juventud y esperanza; me he transportado á otros *domingos*, ya de mi pasado, ya de mi porvenir; he contemplado toda mi existencia á la luz de una pasión inextinguible, de una fe inagotable, que vaga de cosa en cosa, que sobrevive á los objetos en que se cifra, y que triunfó ya muchas veces de la muerte de seres adorados; he sondeado, en fin, con la imaginación, los días futuros, y creído divisar deliciosos fantasmas que me sonreían con ternura y me llamaban á la bienaventuranza de la tierra, al hogar del amor,

á la escondida y consagrada fuente de una nueva familia...

¡Oh! Yo no pudiera explicar todas las emociones que he sentido, toda la felicidad que he experimentado en aquella hora de melancolía...— Los secretos latidos de la Naturaleza, que despertaba también al amor y á la reproducción; los blandos conciertos de las aguas, de las aves y de las hojas; la fragancia de las nuevas flores; las desmayadas luces del Sol poniente, dando el último adiós á las caladas torres de próxima mezquita...; ¡todo me hablaba el lenguaje dulcísimo de aquella pacífica tristeza que precede siempre á la resurrección de perdidas esperanzas, al retorno de afecciones por mucho tiempo no sentidas, á cada nuevo florecer del corazón, á cada nuevo nombre de mujer que se graba en nuestra alma!...

¡Por Dios bendito, no vayáis á creer que toda esta música celestial quiere decir que me he enamorado de *Tamo* ó de cualquiera otra Judía ó Agarena!—¡Ay! ¡Justo es decirlo! *No hay más mujer que la Cristiana*, que la redimida, que la regenerada por el Evangelio...

Pero os hago gracia por hoy de una disertación sobre el particular.—El hecho es que en el *Jardín del Gobernador* hay ya gran cosecha de violetas y jazmines; que me he pasado allí las horas muertas haciendo ramilletes, y que no tengo á quién regalárselos...—He aquí explicada toda mi sublime melancolía.

¿Qué hacer con esas flores? Darlas á una Hebrea ó á una Mora, sería desperdiciarlas.—La Hebrea preferiría un puñado de plata; la Mora quedaría más contenta con un abrazo.—Las guardaré, pues, aunque se marchiten, y las llevaré conmigo á Europa...

.....
Post scriptum.—Los Moros aman extraordi-

nariamente las flores. Las aman tanto, que, así como nosotros, los Españoles, pedimos en la calle á cualquier desconocido la lumbre del cigarro, ó tal como los Italianos toman un polvo de rapé en la abierta caja de cualquier transeunte, sin necesidad de conocerle, así ellos se acercan al que lleva flores, se apoderan de su mano, las huelen, y se alejan sin decir palabra.

Esto me ha pasado esta tarde con tres ó cuatro adustos Musulmanes.

Por cierto que yo ofrecí parte de mis flores al primer Moro que se me acercó para olerlas... Pero él se desentendió de mi ofrecimiento, mientras que Jacob me advertía que no volviera á hacer tal cosa, pues la cortesía semítica consiste en conservar las flores en la mano y permitir á todo el mundo que disfrute de su aroma, sin aparentar uno mismo reparar en ello...

.....
El *Palacio del Gobernador* no merece ser descrito, después de haberos hecho ya admirar el del opulento Moro Erzini.—Prescindo, pues, de él, y paso á pintar el interesantísimo cuadro que tengo ante los ojos mientras escribo estas últimas líneas de la historia de hoy...

Desde el *Jardín del Gobernador* me he venido al *Fondak*, que, como llevo dicho, es una plazuela donde concluyen tres calles, lo mismo que el pueblo llamado de igual modo es la encrucijada de tres caminos de herradura.

Casi todas las tardes suelo sentarme aquí, en una tienda de mercaderes de Túnez, con quienes me entiendo en francés.

En esta plaza hay dos cafés argelinos, es decir, dos portales rodeados de un poyo de cal y canto, cubierto de estera de palma, donde siempre se ven tendidos á la larga, ó sentados con las piernas recogidas, seis ú ocho Marroquíes taciturnos, que ya fuman, ya toman polvo, ya

alargan la tacita del café para que se la llenen de nuevo...

Los Musulmanes toman el café asado, más bien que cocido. Digo esto, porque le hacen hervir en un cazo de hierro metido entre brasas, hasta que se forma una especie de *barro tostado*, sumamente oloroso y de un sabor exquisito para los inteligentes en la materia.

Yo, como muy aficionado al buen café, hago un verdadero abuso de estas pócimas, que, lejos de quitarme el sueño, como suele el café hervido á la europea, me produce una somnolencia deleitosa parecida á la del opio.

A lo que no me propaso es á sentarme en semejantes Establecimientos, desaseados en grado superlativo, sino que mando traer la taza á la tienda de los Tunecinos (donde se calla también más que se habla), y me abandono á mis contemplaciones filosófico-poéticas y melancólicos desvaríos..., ó me pongo á escribir como en este momento.

Aquí veo apagarse hoy las luces de la tarde en los claros de cielo que se divisan al través del alto emparrado que cubre esta plaza; examino atentamente todo lo que me rodea, procurando que se graben en mi memoria hasta sus últimos perfiles; pienso otra vez en los días, que no sé cuándo llegarán, ni si han de llegar siquiera, en que, habiendo regresado á España y tornado á mis antiguas costumbres, recordaré estas horas de meditación, pasadas á la vista de tan extraños espectáculos; me esfuerzo por adivinar lo que piensa y siente cada uno de los Musulmanes, que me miran también en silencio, y lo que harán y dirán cuando nos hayamos ido todos los Españoles y recobren ellos la plena posesión de su ciudad amada; oigo, en fin, el monótono murmullo de un caño de agua que brota de cercana pared sobre una pila de tosca peña, y, entre su

continuado rumor, percibo el lejano lamento del *Dervich* del arco..., aquel eco fatal, incesante, misterioso, que, como todo lo que me cerca, habla de la inmutabilidad de los destinos humanos, de la repetición de las cosas y de los seres, de la lentitud de la vida, de la falacidad de las esperanzas cifradas en este mundo, y de esperanzas inefables en otro mundo superior, en otra vida eterna...

Como todas las noches, al regresar hoy desde la tienda tunecina á mi nueva casa, he tenido que venir á tientas por unas calles emparradas ó embovedadas, oscuras como boca de lobo.

No hay noche en que no pase aquí algún susto; pues, á veces, en lugar de la pared, palpo el burdo jaique de tal ó cual Moro que se halla de pie en el hueco de una puerta, y que, al sentirse tocado, pronuncia ininteligibles palabras... Entonces yo, más muerto que vivo, me paso á la otra acera, deplorando mi temeridad de quedarme solo de noche en unos barrios tan apartados.

Mi encuentro de esta noche ha sido de otro género.—Iba yo por el que llamaré *mi camino*, cuando descubrí dos figuras con la capucha calada, de las cuales la que iba delante alumbraba con un farol á la de atrás, mientras que ésta llamaba desde luego la atención por su elevada estatura y larguísimo jaique negro.

Híceme á un lado para dejar paso libre á aquel personaje, sin acertar á darme cuenta de quién podría ser; pero figuraos mi sorpresa cuando vi que extendía una mano, hasta entonces oculta en la ancha manga de su jaique, y la dejaba caer sobre mi hombro, exclamando regocijadamente:

—¡Hola, amigo! ¿Qué hace usted aquí?

Era el Padre Sabatel.

Su hábito de franciscano me había hecho confundirlo con un Moro.—Pero el que lo acompa-

ñaba, alumbrándole, era efectivamente Musulmán...

El virtuoso Sacerdote venía de ayudar á bien morir á un pobre soldado nuestro, alojado en casa del Marroquí del farol.—Dicho soldado acababa de expirar, víctima del cólera...—(¡ Porque sabréis que en *Tetuán* está el cólera desde hace tres días!)

Después de un minuto de conversación, el Padre Sabatel siguió hacia la iglesia...

Yo permanecí inmóvil, contemplando de nuevo aquellos dos seres tan iguales en la forma y tan desemejantes en el fondo; y, sólo cuando desaparecieron los dos encapuchados, continué mi marcha entre las tinieblas, hasta que, por último, logré dar con mi nueva casa.

Y á propósito: *mi nueva casa* no es ya la del Judío Abraham, sino la *Fonda* que ha puesto Santiago en el *Zoco*, hoy *Plaza de España*.—En cuanto al edificio, debo decir que es la antigua casa de un tal Achas, gobernador que fué de *Tetuán* hasta el año 1850 de la Era Cristiana (1238 de la hégira), en que el difunto emperador Abderramán dispuso de la persona y dinero de aquel ilustre personaje,— ¡cuya sombra suele aparecérseme en sueños..., muy airada de que me atreva á dormir en su misma alcoba!...

Aquí doy punto por hoy, á las nueve de la noche, y métome en la cama á toda prisa, á fin de madrugar mañana, que probablemente no os escribiré, por estar invitado á jugar al tresillo en el Campamento del general Prim...

XI

Banquete moro.—Vuelven los Parlamentarios.
Soirée musulmana.

16 de Febrero.

Han pasado cuatro días insignificantes; pero el de hoy dejará en mi imaginación indelebles recuerdos.—¿Cómo no, si desde su primera hasta su última hora ha sido para mí un verdadero *día mahometano*, que he pasado entre Moros, haciendo su vida, comiendo en su mesa y hablando amigablemente con ellos?

Es el caso que esta mañana fuí invitado por el Conde d'Eu á una *comida árabe* (así me lo anunció) que le daba un rico Moro de Argel, llamado *Abd-el-Kader*, sobrino de aquel famoso General del mismo nombre que tanto figura en el reinado de Luis Felipe.

El aristócrata argelino (que también tiene casa en *Tetuán* y en otros puntos) obsequiaba, por tanto, al Conde d'Eu como á nieto de aquel gran Monarca, que tan generoso fué con el vencido héroe de la Argelia.

Los convidados, además del joven Príncipe, éramos seis: un Moro, amigo de Abd-el-Kader; D. José María Pacheco, hermano del famoso orador y ex Ministro; D. Carlos Coig y O'Donnell, sobrino del General en Jefe; el Sr. Velarde, ayudante del Duque de Montpensier; Mr. Chevarrier, el periodista francés que conocimos en *Ceuta*, y vuestro humilde servidor.—Total de comensales: ocho.

La cita era *después de la oración del mediodía*. A esta hora nos reunimos en la *Plaza de España*, y, precedidos del anfitrión, que llevaba en

la mano (cosa muy común en los Moros) la llave de su casa, nos dirigimos allá, poseídos todos de la ardiente curiosidad que podéis figuraros.

Después de muchas vueltas y revueltas por angostísimas calles, paróse, al fin, Abd-el-Kader frente á una puertecilla; abrióla, y penetró *delante de todos*, haciéndonos seña de que lo siguiéramos.

Atravesamos un estrecho pasadizo obscuro; franqueósenos otra puerta (sin que viéramos quién la franqueaba), y el Sol volvió á brillar ante nuestros ojos.

Estábamos en un gran patio, fresco, limpio, sosegado, y de lujosa y elegante arquitectura.—Sólo el rumor del agua interrumpía el silencio de aquel lugar.—Parecía que nos hallábamos ya á muchas leguas del *mundanal ruido*.

Abd-el-Kader sonrió de placer al versé dentro de su casa.—Todos sabíamos que tenía en ella mujeres y esclavas, y aun creímos escuchar leves pasos y misteriosos cuchicheos detrás de algunas puertas... Pero nadie se dió por entendido de ello.—La casa estaba *sola en apariencia*...—¡Deber nuestro era considerarla *sola en realidad*!

Subimos una escalera muy pina, como todas las de Tetuán; atravesamos un corredor cubierto de primorosos artesonados, y llegamos, por último, á un lindo camarín, donde estaba preparado el banquete.

Antes de penetrar en él nos despojamos de las armas y de las espuelas, pidiendo al huésped que nos perdonara si no nos descalzábamos también, como él había hecho.

El sobrino del último héroe nómada nos dispuso con una fina sonrisa.

El camarín estaba lujosamente alfombrado. En medio de él se hallaba la mesa, que, por lo baja y redonda, recordaba las tarimas de nuestros braseros; y en torno de ella había gran can-

tidad de almohadones y otomanas de riquísimo damasco ó de otras telas de seda entretejidas de plata y oro...

El techo era estalactítico, y las dos puertas de la habitación consistían en dos graciosos arcos de herradura artísticamente calados.

La mesa estaba ya servida.—Cubríala primeramente un mantel de lana. Sobre él se veían tres fuentes de cristal de Trieste, una de ellas colmada de higos chumbos, y las otras dos llenas de *alcuzcuz* de dos diferentes clases.—Por último, una especie de compotera de cristal, con arabescos de oro, contenía el agua...—Y he aquí todo lo que el sobrino de un Príncipe daba de comer al nieto de un Rey.

En cambio, las cucharas que nos presentó eran de extraordinario mérito. Componíanse de muchas piezas: el mango de cada una de ellas tenía un trozo de coral, otro de plata, otro de cornalina, otro de ámbar y otro de marfil, mientras que la parte cóncava era de carey.

—¡Magníficas cucharas!—exclamamos todos.

—Son de Constantinopla—respondió nuestro huésped.

Y se puso á servirnos.

Abd-el-Kader tendrá veintidós años, y es de pequeña estatura, rubio y sumamente elegante. Cada día se le ve con un traje distinto. Sus fajas y sus turbantes volverían loca á una Sultana. Tiene pies y manos de mujer, mirada soñadora, la boca triste, y corva nariz de orgulloso. Vive dedicado al comercio; pero no interviene directamente en él, sino que se conforma con el empleo que varios amigos dan á sus intereses.

El que hoy le acompañaba, joven de diez y ocho años, imberbe, pálido, ligeramente grueso, blanco y rubio como un alemán, no tiene de Moro sino el traje, la seriedad y las pocas palabras. No recuerdo su nombre, pero sí que habla el

francés y el italiano admirablemente, así como Abd-el-Kader.

Ambos jóvenes han viajado por toda Europa y por Oriente; conocen á fondo las grandes cuestiones políticas que hoy conmueven el mundo, y confiesan que el Islamismo es ya un cadáver; pero lo dicen en el tono de quien piensa ser enterrado con él.

La admiración de Abd-el-Kader por su ilustre y desventurado tío raya en adoración fanática. Cuando oyó al Conde d'Eu elogiar el valor y la magnanimidad de aquel héroe, á quien la Francia debió primero tanto luto y después tanto agradecimiento, los ojos del mancebo argelino se nublaron de lágrimas.

—¡Abd-el-Kader no ha muerto todavía!—murmuró por último.

—¿Dónde está ahora?—le preguntamos nosotros.

—En Damasco, donde es querido y respetado como un sér superior al hombre. ¡Ahora duerme! ; Yo espero que despertará algún día, y que su gran figura merecerá nuevos aplausos de toda la Europa civilizada!

El *alcuzcuz* es un alimento tan agradable como nutritivo. — Lo había de dos clases: el que los Moros nos aconsejaron que tomáramos primero resultaba más substancioso y más pesado, y componíase de harina, azúcar, manteca y otros ingredientes, que le hacían tan agradable al paladar como al olfato. El segundo, mucho más ligero, equivalía á un postre. Yo lo hallé demasiado dulce y aromático. Olía á celindas.

Después del *alcuzcuz* (que nos dejó tan satisfechos como pudiera el más opíparo banquete), probamos los higos chumbos, también exquisitos, y sacamos cigarros, como era de rigor entre Españoles y Moros.

Entonces se abrió una puerta, y apareció un

negro, medio desnudo, medio vestido de blanco, con una mecha encendida en la mano derecha y la pipa de su señor en la izquierda...

—¿Queréis pipas?—nos preguntó Abd-el-Kader.

—No: preferimos los cigarros—le respondimos.

—Ya lo sabía; y por eso no las he hecho preparar—replicó el amigo del huésped.

Con gran extrañeza mía, no nos dieron café.

—El café no tiene nada que ver con la comida. Es un placer de otra naturaleza—me explicó en español Mr. Chevarrier.

—El café es, como si dijéramos, el alimento del alma...—añadí yo entonces por vía de comentario.

—Justamente: como para nosotros la lectura—replicó el ingenioso Francés.

—Yo diría mejor la música...—repliqué por mi parte.

—La música celestial...—insistió Mr. Chevarrier con suma gracia.

—Después de esta discusión, fuerza será tomar café en alguna parte—interrumpió el Conde d'Eu.

—En el Café de mi amigo Ben-el-Sus...—exclamé yo.

—Es cosa convenida—respondieron todos.

En esto nos habíamos ya levantado con ánimo de ir al Cuartel General del Duque de Tetuán, pues recordábamos que hoy era el día en que los Parlamentarios de Muley-el-Abbas habían prometido venir en busca de nuestras condiciones de paz.

Nos despedimos, por tanto, de los Argelinos; tomamos café apresuradamente en el *Fondak*, en casa de Ben-el-Sus; montamos á caballo, y nos dirigimos al Campamento de Levante.

.....

Los Enviados marroquíes llegaron efectivamente á eso de las tres.

Las avanzadas del SEGUNDO CUERPO los condujeron á la tienda del general Prim.

Eran los mismos que vinieron el día 11, y acompañábalos un criado más, montado en un caballo negro, sobre dos pequeños capachos de tejido de palma. De estos capachos sacaron un cajón de dátiles, que regalaron al Conde de Reus, y siguieron su camino hacia el Cuartel General de O'Donnell, acompañados del teniente coronel Gaminde y de una escolta de Lanceros.

Recibida la noticia de su aproximación, hubo en el Campamento del General en Jefe un movimiento de vivísima curiosidad y de patriótico interés; formó la guardia á la puerta de la tienda de nuestro caudillo, quien penetró en ella seguido del Jefe del Estado Mayor General y del intérprete Rinaldy, y una muchedumbre inmensa de oficiales y soldados abrió paso á los Embajadores del Príncipe vencido.

Estos avanzaron con aquella gravedad que nunca pierden los Moros, y que, unida á sus trajes talarés, hace que aparezcan respetables y dignos aun en las situaciones más adversas.

Una vez dentro de la tienda del Duque de Tetuán los Generales moros, reinó profundo silencio en el Ejército.—¡A nadie se le ocultaba la solemnidad de aquel instante!—¡Y era que todos sabíamos que O'Donnell recibió ayer de Madrid las *condiciones* con que nuestro Gobierno *accedería* á firmar la paz con Marruecos..., y que entre ellas figuraba una en que se pedía la *incorporación perpetua del Bajalato y de la ciudad de Tetuán á la Nación española!*

—“¡Qué imprudencia!”, fué ayer la exclamación de todo el Ejército al saber esta noticia.—“¡Qué imprudencia!”, decía también la cara del general O'Donnell;—lo cual no ha impedido que

después se calle todo el mundo, como prescribe la Ordenanza, resignándose á batallar (con utilidad ó sin ella) todo el tiempo que deseen los políticos de Madrid.

Pero yo no soy tan militar, ó, por mejor decir, no estoy tan acostumbrado á serlo, que pueda guardar silencio al ver que mi Patria, arrebatada por una fantasía poética, se lanza de ese modo á un abismo, y voy á decir mi opinión sobre el asunto.

Pedir á *Tetuán* es pedir la continuación indefinida de las hostilidades con Marruecos, ya nos ceda su Emperador esta Plaza, ya nos la niegue.

Si nos la niega (que nos la negará de seguro), la Guerra será como hasta aquí, de potencia á potencia, franca y oficial; es decir, una guerra que nos cueste 100.000.000 de reales y cuatro mil soldados por mes.—En ella alcanzaremos mucha gloria; pero nos arruinaremos miserablemente, y no lograremos otro resultado que dar un paseo por el interior de Africa, para volvernos después á España cargados de laureles y de deudas.

Y si el Emperador de Marruecos nos concede á *Tetuán*, la Guerra continuará también, pero mucho más desastrosa, porque será menos franca. Es decir, que estaremos *oficialmente* en paz, y, entretanto, todas las kabilas del Imperio rodearán á *Tetuán*, mal que le pese á S. M. Sherifiana (si es que antes no le arrojan del trono), y nos hostilizarán de día y de noche; nos bloquearán completamente, y con más facilidad que á *Ceuta* y á *Melilla*; nos obligarán á tener veinte mil hombres establecidos en reductos por las sierras de estos contornos; gastaremos los mismos 100.000.000 de reales y los mismos cuatro mil hombres por mes: ¡situación poco lisonjera, que no tendrá fin hasta que consigamos exterminar ó convertir al Cristianismo á los diez millones

de habitantes que, según dicen, comprende el Imperio de Marruecos!

Pues supongamos que nada de esto sucede: supongamos que desde el Emperador hasta el último de sus vasallos se conforman hoy, mañana y siempre, con que el Bajalato de *Tetuán* sea nuestro...—¿Qué habremos conseguido?—Tener una colonia más en Africa.—¿Y de qué nos servirá esa colonia?—¿Será *comercial*?—Con Marruecos no se comercia por la vía de las armas; ¡y, si no, dígame qué comercio hemos sostenido hasta ahora desde *Melilla* y *Ceuta* con el interior del Imperio!—¿Será *agrícola* la colonia?—¿Más que lejanos terrenos que cultivar, necesita España brazos que roten los desiertos que dejaron en ella los que se marcharon á conquistar el mundo desde el siglo XVI en adelante!

Es, por tanto, una insigne locura empeñarse en la conservación de *Tetuán*..., y así lo comprende hasta el último de nuestros soldados.—Dicho lo cual, sigo mi relación, repitiendo que en nuestro Campo reinaba el más profundo silencio, en tanto el general O'Donnell leía á los Enviados de Muley-el-Abbas las *Condiciones de paz remitidas de Madrid*.

Según luego he sabido, los Marroquíes oyeron sin pestañear una y otra cláusula.—España les pedía una fuerte indemnización de guerra; ensanche de territorio hacia el *Serrallo*; un Tratado de comercio; tolerancia para el culto cristiano y protección á nuestros Misioneros; permiso á nuestro Embajador para residir en Fez; la ratificación del ensanche del Campo de *Melilla*, y, finalmente, la plaza de *Tetuán*, su territorio y las leguas de playa recorridas por nuestro Ejército...

Todo lo oyeron sin dar muestras de pesar ni de sorpresa; pero al llegar á la cesión de la ciu-

dad, miráronse con muda desesperación, como diciendo:—“¡*Lástima que no pueda hacerse una paz tan necesaria!*”

Terminada la lectura, dióseles el pliego de condiciones; guardáronlo ellos cuidadosamente, y pidieron los caballos á uno de los Rifeños que había quedado á la puerta de la tienda.

En seguida mandaron descargar varios cajones de dátiles, suplicando al general O'Donnell que los aceptase, no sin advertirle que eran de las huertas del Emperador, y que se los remitía Muley-el-Abbas en testimonio de respeto y de cariño...

Por nuestra parte, los obsequiamos con café, dulces y cigarros; y habiendo sabido que los Príncipes carecían de muchas cosas en su Campamento del *Fondak*, preguntóse á los Parlamentarios si les sería grato recibir azúcar y café, de que son tan amantes los Moros, á lo que contestaron afirmativamente.

En seguida pidieron permiso al general O'Donnell para pasar la noche en *Tetuán*, alegando que estaban muy cansados.—O'Donnell accedió á ello con el mayor gusto, y los confió á la galantería del general Ríos, al lado del cual, y seguidos de una gran escolta, tomaron el camino de su ciudad amada.

Creo inútil decir que yo me arrimé á mi bondadoso amigo el general Ríos, resuelto á no separarme de él hasta que los caudillos Moros hubiesen abandonado á *Tetuán*.—¡Y era que adivinaba el vasto campo que, durante esta tarde y esta noche, habían de ofrecer á mis observaciones y estudios aquellos insignes personajes!

No me he engañado, ciertamente. Esta es la hora en que llamo ya mis amigos á los cuatro graves Generales, mientras que mi libro de memorias está lleno de preciosísimos apuntes...

Pero vamos por partes.

La entrada de los Parlamentarios en la Plaza se verificó con toda solemnidad; pues excusado es decir que se les hicieron los honores que previene la Ordenanza, sin contar los correspondientes al general Ríos.—Batiéronles marcha las músicas desde que penetraron por la *Puerta de la Reina*; las tropas agrupadas á su paso los saludaron rigurosamente, cuadrándose como autómatas; formáronse las Guardias donde las había, y todo, en fin, pudo dar idea á los Moros de la severa disciplina de nuestro Ejército.

Esta vez los Mahometanos de *Tetuán* se dignaron fijar la vista en nuestra cabalgata, sin duda para leer en el semblante de los Jefes marroquíes la sentencia que acababa de pronunciarse.—“¿Qué tenemos que hacer? ¿Qué habéis hecho? (parecían preguntarles). ¿Habéis vendido la Patria? ¿Sabéis cuánto sufrimos? ¿Deberemos sublevarnos contra el invasor? ¿Hay esperanza para este desgraciado pueblo?”

Los Generales moros caminaban con inalterable continente. Nada contestaban sus ojos ni sus labios á aquellas mil tácitas preguntas. Pero yo me atrevo á creer que este digno silencio pareció de buen agüero á los Tetuaníes...

—“Cuando el Moro habla mucho, está mintiendo”—dice un adagio árabe.

El general Ríos paseó á los Parlamentarios por todo *Tetuán*, tal vez con el fin de que formasen idea de los medios de ataque y defensa que poseemos, así como de nuestra cultura...

Llevólos, por ejemplo, á la oficina del Telégrafo eléctrico que hemos establecido aquí para comunicarnos rápidamente con nuestra Escuadra, y les explicó detenidamente el mecanismo y la teoría del aparato.

Ellos asintieron con la cabeza, aunque estoy seguro de que no habían comprendido ni una pá-

labra.—Verdad es que tampoco prestaron grande atención al maravilloso invento...—¿Qué les importaba la prontitud de las comunicaciones, si lo que desean es vivir incomunicados, no sólo con el resto del mundo, sino entre sí mismos, y, sobre todo, con su temido Emperador?

—¡Vamos!... Preguntad algo á la *Aduana*, y veréis qué pronto tenéis contestación...—les dijo el general Ríos.

—Nada deseamos saber—respondieron los Musulmanes.

—Cualquier cosa... ¡Aunque no os importe saberla!—insistió el primero.

—Pregunta tú si sale algún buque para Gibraltar—exclamó el Gobernador de Tánger.

Al oír estas palabras, todos nos miramos, como interrogándonos si habrían sido dichas con ánimo de humillar nuestro amor propio.—Yo no puedo dudarle: ¡el Moro, de paso hoy en su ciudad perdida, no tiene para su orgullo otro consuelo que pensar en que los vencedores vemos también ondear un pabellón extranjero sobre los muros de una ciudad española! Además, era recordarnos que los Marroquíes no están solos en el mundo, sino que cuentan con la Diplomacia y con la Marina inglesa para un caso de suprema necesidad...

La contestación telegráfica fué rapidísima.

Esto les admiró ya un poco... Pero no tanto como habían de sorprenderles nuestros magníficos hornos de campaña.

Con la más viva curiosidad oyeron la descripción que les hizo el general Ríos de la prontitud con que se provee al Ejército de exquisito pan por medio de aquellos hornos.—Y fué, sin duda, que recordaron las hambres que sus tropas habían pasado durante la Guerra...—Hubo, pues, que explicárselo todo prolijamente; examinaron los hornos de todas maneras, fríos, caldeados y

funcionando; y vieron cocer unos panes destinados á ellos, á fin de que les sirviesen para el camino de mañana, y hasta comiéronse uno en probaturas...

—Ya veis que, en media hora, la masa se ha vuelto pan...—dijo Ríos.

—En mi huerta (le contestó el Gobernador del Rif) tengo yo un horno que asa gallinas en menos tiempo.

—¡Mucho es que este hombre se atreva á revelarnos lo que tiene dentro de su huerta!...—reflexioné yo, trasladándome con la imaginación á aquella ignorada casa de aquel ignorado pueblo donde aquel raro personaje asaba gallinas cuando no tenía Cristianos que degollar.

Acercábase con esto la noche, y los Parlamentarios, invitados por el general Ríos á tomar café en su casa, le prometieron ir á las ocho, pidiéndole permiso para llegarse antes á su alojamiento..., ó sea á la casa de Erzini, que describí el otro día.

—Id, pero no faltéis, que hemos de ser buenos amigos—les dijo nuestro General.

—Descuida, no faltaremos...—contestaron los Embajadores.

Y, saludándonos con un grave movimiento de cabeza, partieron sin escolta, pues así lo desearon, y se fueron á buscar, por entre aquellas calles que tanto conocían, algún rincón en que entenderse con los Moros ocultos en *Tetuán*.

.....
 Dos horas después hallábame en casa del general Ríos, ó sea en el Palacio del otro Erzini, esperando á los Generales marroquíes.—Los Españoles convidados á esta fiesta éramos ocho.

La habitación, de lujosa arquitectura arábiga, estaba adornada con espejos de Venecia de la época del Renacimiento...—(¿Cómo habían llegado á *Tetuán* aquellas antiquísimas lunas?—

Todos pensamos en los famosos piratas que hace tres siglos arrojaba el Africa sobre las costas de Europa.) Véanse además en aquel aposento magníficos divanes y otomanas de seda, lámparas turcas, cortinajes de gran mérito, enormes arcas labradas con exquisito primor, alfombras, pebeteros, mesas-tarimas y otros enseres del más riguroso estilo oriental.

Al mismo tiempo (y para uso de los Españoles) véanse allí muebles europeos, llevados de la Judería: mesas altas, sillas y sillones de paja, candelabros con bujías de esperma, vajilla de porcelana y de cristal, y otros utensilios para el refresco, *te ó café*, que se preparaba.

Completaban aquel singularísimo cuadro ciertos perfiles guerreros (del menaje de campaña del general Ríos): espadas, gumiás, revólvers, espingardas, carabinas, puñales, altas botas armadas de espuelas, grandes anteojos, la cama de hierro que sirvió en la tienda, etc.; todo ello diseminado por los rincones, ó sobre el diván, ó colgado de las altas paredes.

Hacía frío, y se había preparado un brasero.

Dulces, bizcochos, frutas secas, cigarros, vinos y licores, componían el refresco, que esperaba sobre una mesa la hora del festín.—A ellos se agregaría á su tiempo el café...—*et voilà tout*.

Sin embargo, nosotros, y el mismo Ríos, acostumbrados ya á tantas privaciones, estábamos entusiasmados con la magnificencia que habíamos conseguido desplegar.—¡El agua estaba en botellas! ; Se podía hacer ponche! ; El café se tomaría en tazas! ; El vino se bebería en copas de cristal!—No podía darse mayor lujo.

A eso de las ocho y media, una banda de música, preparada al efecto en el patio, nos dió la señal de la llegada de los Marroquíes.

Pocos momentos después, un niño moro, de ocho ó diez años de edad, graciosamente vestido

(y que no era sino aquel hijo del Cónsul de Austria que fué al Campamento de *Jeleli* cuando la rendición de *Tetuán*), penetró resueltamente en la habitación, diciendo un ¡*Hola!* en perfecto castellano que nos hizo reír á todos.

Detrás entró su padre, que, como recordaréis, se llama el *HACH-Ben-Amet*, y el cual es hoy *Alcalde de los Moros de Tetuán*, nombrado por el general Ríos...—Esta noche venía además con el carácter de intérprete.

Por último, aparecieron los cuatro Embajadores, acompañados de otro Moro, que yo no conocía sino de nombre. Era *Erzini* el menor; el más rico de los dos hermanos de este nombre; el dueño de la casa en que á la sazón nos encontrábamos.

Los cuatro Enviados dejaron sus babuchas en la puerta de la sala, y entraron descalzos completamente, sin que bastasen á impedirlo todas las instancias del General.—*Erzini*, no sólo no se quitó las babuchas, sino que llevaba medias.—Al Alcalde lo tenía ya dispensado Ríos de aquella ceremonia.

Después de decirnos adiós cuando salimos de los hornos de campaña, los Parlamentarios habían ido á orar á la Mezquita Mayor, donde se habían lavado pies y cabeza, no por mundano aseo, sino por obligación religiosa.—De cualquier modo, resultaba que iban muy limpios, que fué indudablemente lo que se propuso el ingeniosísimo Mahoma al prescribirles con tanto cuidado las abluciones.

Los siete Musulmanes nos dieron la mano á todos los allí presentes, y después hubo una larga discusión en pantomima acerca del asiento que debía ocupar cada uno, resultando de ella lo que resulta siempre de los cumplidos: que todos hicimos lo contrario de lo que deseábamos, es decir, que los Moros se sentaron en silla, á la

europaea, y que los Cristianos nos sentamos en el suelo, ó sea sobre cojines, á la oriental...

Sin embargo, los Agarenos buscaron pronto su habitual postura, encaramándose poco á poco por los palos de las sillas, hasta cogerse los pies con las manos.—El *Kabo* ó Gobernador de Fez, hombre serio si los hay, no encontró sin duda bastante digna esta actitud, y acabó por echarse al suelo y sentarse sobre las piernas.

Entretanto, la banda militar tocaba en el patio la jota aragonesa, atronándonos los oídos; y yo estudiaba minuciosamente á los cuatro Generales y al rico banquero, mientras que una conversación superficial, entorpecida por la lentitud de duplicadas traducciones, procuraba llegar á ser interesante.

Ahmet-el-Batín (el segundo de Muley-el-Abbas) era quien más sostenía el diálogo.—Joven, fino, nervioso, impresionable como un aristócrata andaluz, más parece hombre de ideas ó de papeles, que guerrero tan esforzado como lo califica la fama. Su palabra es vibrante, su gesticulación viva, sus réplicas calurosas, y su movilidad extraordinaria..., sobre todo para un Sarraceno.

El Gobernador del Rif es el reverso de la medalla. Grave, atento, circunspecto, habla con cierta solemnidad, sonrío levemente cuando se le dirige la palabra, y piensa largo rato sus respuestas, que siempre vienen á interrumpir una nueva conversación.—Su fisonomía, poco favorecida por la Naturaleza, revela, sin embargo, mucho talento. Tiene fama de gran Diplomático y hábil General. Por mi parte, he notado desde el primer día que sus compañeros lo tratan con marcadas deferencias, cual si fuese el principal Enviado.

Su hermano, el General de la Caballería, de quien ya he dicho que habla español, es un sol-

dado vulgar, franco y sencillo; de fisonomía ruda, pero agradable; alegre, en cuanto lo permiten estas circunstancias; expansivo, como rara vez lo son los Moros; hablador sempiterno cuando su ilustre hermano no le oye, y tímido y respetuoso como un párvulo, no bien éste le mira.—Sin embargo, se profesan mucho cariño...

—¡Somos de una misma madre! (nos dijo en voz baja el General de la Caballería, mirando con ternura al Gobernador del Rif). ¿No le he de querer? Entre nosotros hay muy pocos hermanos nacidos de un mismo seno!—Además, ese que veis ahí es tan sabio y tan valeroso, que yo le temo como á mi padre y lo quiero como á mi madre...

El cuarto Enviado era el más interesante de todos, á lo menos para mí.—Hablo del segundo Gobernador de Fez.—Este singular personaje no despegó sus labios en toda la noche. Parecía hallarse entre nosotros como un acusado impenitente en la barra del tribunal. La poca ó mucha violencia que se hiciesen sus compañeros permaneciendo en nuestra compañía y sirviéndonos de espectáculo, era para él un verdadero tormento, una secreta rabia, una muda desesperación, que se revelaba en su actitud, en su gesto, en su mirada.

Nada comió ni bebió de cuanto le ofrecimos; ni por un instante cambió de postura luego que se echó al suelo; ni por casualidad dejó oír el acento de su voz.—Inmóvil, adusto, erguido sobre el almohadón en que estaba sentado á la oriental; con los brazos cruzados bajo su albornoz negro; con la mirada fija ya en uno, ya en otro de aquellos locuaces *infieles* (vulgo Cristianos) que tantas cosas hacían y decían sin proponerse nada importante; indiferente á las discusiones que se entablaban; insensible á los raptos de entusiasmo afectuoso (fingido ó verda-

dero) que dió de sí la conversación; refractario á la alegría que reinó en algunos momentos, el poderoso *Kabo* protestaba con su silencio contra todo lo que allí sucedía, ó formaba siniestros planes de venganza para cuando se reprodujese la Guerra...—Y cuenta que parece el más joven de los Parlamentarios!...

Por lo demás, su tétrica figura contribuía á hacerle sombrío y pavoroso.—Es mulato pálido; tiene los labios gruesos y pensativos; los ojos de un negro aterciopelado; la barba muy bronca; torva la mirada; lúgubre el gesto, y vestía un traje oscuro, de severos pliegues, que contrastaba con los albornoces de sus compañeros. Parecía la imagen del dolor, la personificación del crimen, una alegoría de la noche, el genio del mal, el príncipe de los infiernos.—Lord Byron, en sus más tenebrosos poemas, no imaginó figura tan romántica ni tan espantosa.

Réstanos pintar á *Erzini*, tipo físico y moral diametralmente opuesto; á *Erzini*, el acaudalado sibarita; el carácter deprimido bajo el peso del oro; el hombre galante, flexible, lisonjero; el espíritu conciliador, acomodaticio, utilitario á todas horas.—Tendrá cuarenta y cinco años; es rubio como un irlandés; tiene ojos azules; gran nariz; flacas mejillas, pero muy encarnadas; barba prominente; alta y encorvada estatura; algún diente de menos, y un aire marcadísimo de astucia y penetración.—Se parece á Francisco I de Francia.

Erzini hablaba y reía como un descosido.—Estaba sumamente alegre, y sus motivos tenía para ello. ¡El general Ríos acababa de entregarle una cartera que el opulento comerciante había olvidado el día 5 en la precipitación de la fuga, y que el coronel Vargas se había encontrado sobre una mesa en la misma habitación que ocupábamos en aquel momento!—La tal

cartera contenía treinta ó cuarenta mil duros en letras al *portador* sobre Gibraltar.

Pasada media hora, y para excitar la confianza, se había principiado á servir el café...

Los Moros (exceptuando siempre al taciturno *Kabo*) hicieron los honores á todo lo que se les ofreció, comiendo bizcochos á dos carrillos, fumando como tudescos, y tomando repetidas tazas de moka.

El *Alcalde*, viejo ladino, que, so color de simpatizar con la causa de España, está favoreciendo cuanto puede á los míseros habitantes de *Tetuán* (en lo cual hace perfectísimamente), formuló, por vía de brindis, un gran elogio del carácter y proceder de los Españoles, exponiendo á los Generales marroquíes las grandes ventajas que reportaría su Emperador de una franca y estrecha amistad con España...

El general Ríos insistió sobre esto, y con mucho tacto mezcló en su discurso una descripción de los grandes medios de que aun podemos disponer en el caso de continuarse la Guerra...

Los Musulmanes asentían á todo con la cabeza, y repetían una y otra vez "que Muley-el-Abbas y su Ejército querían la paz á toda costa y la amistad con España; pero que había gentes en el Imperio que se aprovecharían de *cualquier cosa* para conmovier el trono del nuevo Sultán, mal asegurado todavía, y que por ello se vería tal vez S. M. Sheriffiana en el caso de seguir, no la política de sus deseos, sino la que le impusieran las circunstancias"...

Era evidente que aludían á la continuación de la Guerra con tal de no ceder á *Tetuán*.

Entonces el *Alcalde* fué más explícito.

—Si el Emperador (dijo) pierde á *Tetuán*, los partidos derriban al Emperador, y si derriban al Emperador, habrá guerra civil en Marruecos, y desorden y anarquía de muchos años, y vos

otros no tendréis con quién tratar; y aunque tratéis con unos, otros dejarán de cumplir, y os veréis obligados á estar guerreando aquí toda la vida, sin resultado alguno para España.

—Querer á *Tetuán* es no querer la paz—añadió sentenciosamente el Gobernador del Rif.

—¡Es que nosotros no le tememos á la Guerra! (insistió el general Ríos). Nosotros podemos...

—¡No sueñes, General! (dijo textualmente y con su acostumbrada llaneza el Jefe de la Caballería marroquí). Vosotros no poder hacernos la Guerra tres años seguidos, y nosotros poder hacerlosla á vosotros durante cuarenta años. Moro estar en su casa, y Español en la ajena. La Guerra costar á España mucho dinero..., mucho dinero..., y el dinero tener fin, como la vida y todo lo del mundo.—Lo que no tener fin es los Moros...—¡Morir unos, y venir otros!...—¡Muchos Moros..., muchos..., muchos!

La tremenda verdad que encerraban estas palabras nos hizo mirarnos, asombrados de que un salvaje discurriera con tanto acierto.

—¡Todo eso se lo han enseñado los Ingleses!—murmuró uno de nosotros.

Aben-Abu comprendió la frase, y se sonrió con malicia.

Después se habló de la pasada Campaña; del sistema de combate de uno y otro Ejército; de las pérdidas sufridas por ellos y por nosotros...

Los Marroquíes confesaron que las suyas habían sido inmensas.

—La bayoneta y la Artillería (dijeron) son vuestras grandes ventajas.

Ríos hizo el elogio de Isabel II y de O'Donnell.

Ellos manifestaron gran respeto hacia nuestro Caudillo, cuya pericia, en una Guerra que le era nueva, dijeron haber sorprendido mucho á Muley-el-Abbas.

—Nosotros creíamos que era más viejo—dijo el Gobernador del Rif.

—¿Y por qué?

—Por la prudencia.

Con este motivo recayó la conversación en Muley-el-Abbas.

—Es muy valiente y muy generoso (dijeron); pero tiene mala tropa.

—Yo mismo (añadió *su segundo*) tuve que matar por mi mano muchos jefes de kabila el día de la batalla del Campamento...

—¿Y por qué?

—¡Por embusteros y cobardes! ¡Por haber huído más lejos de lo necesario!...

El *Kabo* de Fez estaba cada vez más sombrío. Los otros Moros habían llegado á entusiasmarse. La expansión era general; la franqueza animaba todas las fisonomías; cada cual había tomado la postura más de su gusto; casi todos estábamos sentados ó medio tendidos en los divanes y otomanas; el humo de los cigarros envolvía por momentos algunas figuras...

¡Qué cuadro!—Yo no me había atrevido nunca á soñar una escena tan poética y solemne... Aquellos siete Magnates moros, con sus albornoces y sus turbantes blancos, con sus rostros graves y austeros, con su habla gutural, con sus clásicas actitudes; aquellos muebles orientales, aquellas alfombras y cortinas, aquella arquitectura; la ciudad en que nos encontrábamos; nuestra posición de soldados en campaña, de extranjeros, de vencedores; el ser nosotros los únicos, no sólo de nuestro Ejército, sino de nuestra Nación, que habían asistido á una tertulia semejante; la hora; el asunto de las conversaciones; la idea de que aquellos Generales habían estado enfrente de nosotros en los montes y en la llanura, uno y otro día de pelea; la consideración de que acababan de llegar del Campa-

mento enemigo, de que mañana regresarían á él, y de que acaso jamás volveríamos ya á verlos, como no fuese tendidos en el campo de batalla; todo esto, digo, ¿no era mucho más de lo que pudo sonreír á mi imaginación cuando, nuevo Don Quijote, abandoné el Seminario eclesiástico y salí de mi pueblo en busca de aventuras?

¡Ah! ¡Qué pocos poetas de nuestros tiempos habrán encontrado realidades tan maravillosas! ¡Qué pocos habrán gozado tan á sus anchas de lo fantástico, de lo extraordinario, de lo romanesco!—¡Afortunado yo mil veces!—Pero ¡cuánto, cuánto hubieran ganado nuestras Letras si Zorrilla ó Fernández y González hubieran venido á Africa con sus lirras de oro, en vez de venir yo, que sólo poseo una mal cortada pluma!

Por lo demás, casi todos los Españoles que estábamos allí éramos Andaluces, y nuestro carácter hablador, expansivo, entusiasta, exaltado por alguna libación y por la misma novedad de aquella escena, bastó para aturdir á los Marroquíes, para marearlos, para derretir su máscara de hielo, hacerles reír, hablar alto y entrar en dudas acerca de si los Europeos valdríamos efectivamente más que los Africanos...

Alegres, pues, aunque cavilosos; con la faz encendida y los ojos ardiendo; desconcertados; llenos acaso de envidia, pero también de admiración hacia unos seres tan varios, tan complejos, tan móviles y fecundos, despidiéronse cordialmente de nosotros á eso de las once, alegando que tenían que madrugar para hacer antes de partir largas oraciones, en atención á ser mañana *Viernes*...

De todo lo dicho con respecto á animación y júbilo, hay que seguir exceptuando al *Kabo* de Fez, el cual siguió callado y tético, y se despidió del general Ríos de una manera muy singular.—Dióle primero la mano naturalmente, como

se usa entre nosotros; después cogióse la violentamente, cual si fuese á echar el pulso con él, y apretóse la con una fuerza extraordinaria, mirándole fijamente y en silencio...

¡Era la primera señal de vida que daba en toda la noche; y aquella pantomima trágica lo mismo parecía un arranque de cariño largo tiempo refrenado, que un reto para el primer combate, que una misteriosa maldición!—Ello es que se envolvió en su larguísimo albornoz negro y se marchó con el secreto de su idea...

¡Magnífico personaje!—Shakespeare lo adivinó completamente cuando escribió su *Otelo*.

Comentando estábamos nosotros este y otros lances de la noche, cuando, al cabo de una media hora, se nos presentó de pronto el General de la Caballería, trayendo debajo del brazo un saco de dátiles.

—¡Toma! (le dijo al general Ríos). Al llegar á casa hemos visto que nos quedaban estos dátiles. Cómelos en nuestro nombre.

—¡Extraña gente!—nos dijimos todos con una mirada.

E hicimos sentarse á Aben-Abu, quien, viéndose libre de su hermano, se abandonó á su natural llaneza, y nos dió un rato delicioso.

El bravo General habla *el presidiario* más bien que el español, por haberlo aprendido de nuestros renegados, y yo no podría transcribir aquí sus discursos sin faltar á todas las reglas de la sintaxis y del decoro...

Entre las cosas que nos refirió acerca de las interioridades de su Ejército, fué sumamente notable el retrato del príncipe Muley-Ahmed.

—Hace como uno (dijo), y cuenta como veinte. Corre mucho á caballo, y habla y ríe más de lo regular. ¡Es muy *sevillano*!

Figuraos el efecto que nos haría esta frase, teniendo presente que entre nosotros había dos ó

tres hijos de Sevilla.—Las carcajadas duraron un cuarto de hora, y Aben-Abu se reía con más ganas que ninguno.

Por él supimos pormenores interesantísimos acerca del estado actual del Ejército moro que nos aguarda en el *Fondak*...

—Ahora tiene poca gente; pero se aguarda mucha.—El Emperador *desde su casa* no puede comprender lo que sucede; pero ya lo comprenderá cuando reciba una larga carta de Muley-el-Abbas, en que le dice que todos los Moros de Marruecos no pueden con las bayonetas y los cañones españoles...—Habrà paz, porque todos la necesitamos (concluyó el Moro); pero no debéis *pedir á Tetuán*, ni esto os servirá de nada.

—Lo piden de Madrid...—le contestamos.

—En Madrid pasará lo que en Mequínez (observó el Musulmán); como no ven las cosas de cerca, se figuran que todo es muy fácil.

Esta conversación se prolongó hasta las doce. Aben-Abu se despidió de nosotros muy cariñosamente, diciéndonos que, si había guerra y alguno de nosotros caía prisionero, nos trataría perfectamente; y que si había paz, fuéramos á visitarle á Fez, donde seríamos los dueños de su casa.

Repetímosle iguales ofrecimientos, y se alejó muy satisfecho de nosotros y de sí mismo.

No lo estoy yo tanto de la presente relación, al tiempo de daros las buenas noches, ó, por mejor decir, los *buenos días*.

Dígolo, porque está amaneciendo cuando suelto la pluma.